

**Testimonio como forma literaria en
la “Revolución” boliviana del ‘52**

Cristina FANGMANN

Esta ponencia constituye un avance de la investigación que llevo a cabo en el marco del Proyecto UBACYT que integro junto con Isabel Quintana y mis compañeros de mesa (**Espacios, paisajes y afectos: dispositivos narrativos en el campo de lo sensible**). A su vez, es una continuación de mis trabajos anteriores sobre la literatura boliviana.

I. *Las ficciones de la historia... ¿o la historia como ficción?*

Este año, en el sexagésimo aniversario de la denominada “Revolución” nacionalista boliviana, se ha publicado en La Paz la primera y única historia oral sobre este acontecimiento que cambió la historia de Bolivia y marcó un hito en toda la región. Se trata del libro del sociólogo boliviano Mario Murillo, *La bala no mata sino el destino. Una crónica de la insurrección popular de 1952 en Bolivia*, libro que será objeto de análisis del trabajo que presento.¹

Apenas aparecido, el texto de Murillo suscitó polémicas con historiadores, especialmente con el ex-presidente Carlos Mesa Gisbert, autor de una Historia de Bolivia. Si bien no es mi intención puntual en esta presentación introducirme en los pormenores de esta jugosa polémica, sí me interesan algunos de sus términos, ya que más allá de los contenidos específicos del debate también se ponen en juego cuestiones de orden disciplinario y hasta metodológico que exceden el campo de las ciencias sociales (sociólogos versus historiadores, en este caso). De hecho, la disputa alcanza las playas de la literatura, sea para servirse de ella en apoyo a las

¹ Mario Murillo, *La bala no mata sino el destino. Una crónica de la insurrección popular de 1952 en Bolivia*. La Paz, Plural, 2012.

argumentaciones esgrimidas, sea para deslegitimar la veracidad de esas mismas argumentaciones, basadas –según esta última posición- en “novelas de ficción”.² Lo curioso es que, como dicen los versos de Antonio Machado que fungen como primer epígrafe del primer capítulo,

“Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía,
también la verdad se inventa”.³

En suma, la ficción construiría una verdad que es más fiel a los hechos (“true to the facts”) en tanto ofrece una versión ‘adversaria o contraria’⁴ a la historia oficial escrita por historiadores proclives al Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), el partido que aprovechó la insurrección para dar un golpe, tomar el poder en 1952 y afincarse en él hasta 1964. El partido que capitalizó la victoria y –hay que reconocer también- asumió el desafío de decretar la reforma agraria, la estatización de las minas y la campaña educativa que empezó a revertir el altísimo porcentaje de analfabetismo que en aquel momento asolaba a los bolivianos.

El libro de Murillo se divide en dos partes: la primera en la que plantea su posición teórica, metodológica y epistemológica, y la segunda, que incluye los testimonios de los actores y testigos de los hechos narrados. A través de sus voces se detallan los principales combates que se libraron durante los tres días de aquella semana santa de 1952.

² Carlos D. Mesa Gisbert, “Una lectura anacrónica de la historia del 52”, *Nueva Crónica y Buen Gobierno. Cultura y Política*. Instituto PRISMA y PLURAL editores / N° 109 / 2da. quincena de agosto 2012, pp. 12-13. Luis Antezana Ergueta: “Abril del 52, entre los hechos y las fantasías”, *Nueva Crónica y Buen Gobierno. Cultura y Política*. Instituto PRISMA y PLURAL editores , N° 112, 1era. quincena de octubre 2012, pp. 16-17.

³ Antonio Machado, *Proverbios y cantares*. Citado por Murillo, *op. cit.*, p. 29.

⁴ Como dirían Edward Said y los teóricos del poscolonialismo. Ver de Edward W. Said, *Orientalism*, Nueva York, Vintage Books, 1979 y *Culture and Imperialism*, Londres, Vintage, 1993. Entre los autores postcoloniales citados por Murillo se destaca el indio Ranajit Guha, “Algunos aspectos de la historiografía colonial de la India”, incluido en el volumen editado por tutora de tesis, Silvia Rivera Cusicanqui y por Rossana Barragán, *Debates postcoloniales: una introducción a los estudios de la subalternidad*, La Paz, SEPHIS-Aruwiyiri, 1997.

En el primer caso, critica a la historiografía convencional de su país por su reduccionismo de la Historia, lo que Murillo denomina “una historia como sumatoria de pesos y medidas”, esto es, una historia que se centra en las acciones –y medidas- del nuevo gobierno nacionalista una vez producido el triunfo. A la vez, un reduccionismo de la acción a liderazgos individuales (en este caso, las figuras máximas del MNR, Víctor Paz Estenssoro –exiliado en Buenos Aires durante los días de la insurrección- Hernán Siles Zuazo y el líder sindical minero, Juan Lechín. Reduccionismo que deja de lado a los principales agentes de estas acciones: los obreros, los mineros, la población civil. Son estas voces las que rescata Mario Murillo en su trabajo de investigación sociológica, con los aportes teóricos –y también metodológicos- de la historia oral.

Según el sociólogo italiano Franco Ferrarotti la historia oral constituye una alternativa a la historia oficial:

... en tanto instrumento de recolección de testimonios orales y de las historias de vidas, (la historia oral constituye) un específico medio de autoescucha de la cotidianeidad, un modo privilegiado de crítica y desmitificación de la macrohistoria, además de momento integrativo esencial de ella, a tal punto que echa abajo la artificiosa contraposición entre macro y micro y entre estructura y persona. (...) Es el modo más directo de dar la palabra a aquellos -grupos, clases sociales e individuos- que estaban tradicionalmente obligados al silencio o parecían mudos incluso cuando gritaban, dado que los grupos dominantes se tapaban los oídos y los historiadores al servicio de la corte decretaban su inexistencia. Con la historia oral empiezan a contar también una multitud de analfabetos, los marginados y excluidos. No es populismo... es una ampliación de la perspectiva respecto a la historia de los grandes hombres y de los grandes acontecimientos y respecto a la historia como ciencia clásicamente académica” (21-22)⁵.

⁵ Franco Ferrarotti. *La historia y lo cotidiano*. Barcelona, Península, 1991 (1ª. ed. en italiano, 1986).

La historia oral ofrece así un documento más creíble, o una fuente no sustituible, sobre los acontecimientos. En esta primera historia oral de la insurrección del 52 podemos escuchar esas voces que sesenta años después estaban, todavía, desoídas.⁶

Pero, como afirma el mismo Ferrarotti, la “paradoja de la historia oral” es que siempre supone la puesta por escrito de un discurso verbal. Cito: “para ser conservada y comunicada, o al menos para ser conocida, la historia oral debe ser escrita.” (20)

Estamos frente a una doble articulación del lenguaje: como fuente (los discursos orales) y como literatura (el registro escrito). Pero tanto la historia como la literatura, obviamente, exceden la transcripción puntual de lo hablado. En este punto entra en juego la perspectiva del escritor, su posición frente al objeto estudiado, su ética y su estética.

Este historiador oral es también un historiador narrativo. Desde las ya conocidas teorizaciones de Hayden White, sabemos que también el discurso de la historia es una construcción literaria. Según este autor, los modos de la historia son los mismos, exactamente, que los de la literatura. De hecho, su modelo para la división cuatripartita de las figuras retóricas está tomado deliberadamente de la *Anatomía de la Crítica* de Northop Frye.⁷

⁶ *Oralidad y poder. Herramientas metodológicas* de los autores peruanos Víctor Vich y Virginia Zavala dedica su último capítulo a “El testimonio”. Dentro del desarrollo teórico y de sus derivaciones en América Latina y en EEUU, dicen, “... parafraseando a Rama, podríamos decir que el testimonio aparece en América Latina para subrayar el absoluto desencuentro entre la “Ciudad Letrada” y la “ciudad real”. En efecto, los testimonios aparecieron cuando las voces subalternas decidieron participar sin las mediaciones tradicionales y comenzaron a cuestionar las instancias que habían asumido su representación. Si el Estado, representante de la nación, se había autonombrado como la máxima representación posible, y como el real poseedor de la voz popular, el testimonio surgió como el signo de aquella gran crisis y demostró que ese gesto de apropiación había terminado en un vulgar monólogo”. Buenos Aires, Norma, 2004 (p. 117) .

⁷ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Trad. de Stella Mastrangelo, FCE., Méx., 1992 [1ª ed. en inglés, 1973]; N. Frye, *Anatomía de la Crítica*, Caracas, Monteávila, 1977 [1ª. ed. inglés, 1957].

Entonces, el relato de la historia se sustentaría sobre el recurso de las figuras retóricas mayores: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. En *La bala no mata*, el autor aparentemente se limita a enmarcar en una nueva y original interpretación el relato que deja en boca de sus protagonistas -o a postular esa interpretación a la luz, cruel pero no engañosa, de ese relato. Es en la construcción discursiva del testimonio, entonces, donde encontramos, cuando los oímos y cuando los leemos, los tropos literarios, los graciosos símiles con las películas de acción mexicanas, con los héroes o anti-héroes a lo “Pancho Villa”. Escuchamos esas voces con sus modulaciones, sus modismos, sus entonaciones dialectales y etno-culturales y advertimos una forma más de esa diversidad que Murillo pone de relieve para demostrar que la Revolución boliviana del 52 fue construcción de un solo movimiento político, el MNR, pero que la victoria de las tres jornadas de abril de ese año fue el resultado de los hechos militares de toda una población de civiles, compuesta por distintos actores que incluían a mineros, obreros, empleados, ex combatientes de la Guerra del Chaco, mujeres que aportaban su logística, y hasta, en el curso de esas vertiginosas 72 horas, soldados desertores que se daban vuelta la chaqueta militar para luchar del lado al que pertenecían por su origen de clase y por empatía ideológica.

En el montaje de los testimonios que el autor pone en práctica se ve también su posición frente al objeto: Murillo nunca se impone sobre las voces de los testimoniantes, nunca se endilga la función de hablar en nombre de ellos; más bien cumple con varias de las premisas que Ferrarotti plantea para el historiador oral: en la primera etapa de su trabajo, durante las entrevistas y el diálogo, la premisa de crear una relación directa con el testimoniante, de escucharlo atentamente, conservando el silencio, pues como dice Ferrarotti “es su silencio el que hace posible la palabra de los otros.” (20); en la segunda etapa, la de la escritura, la premisa de respetar esos dichos sin manipularlos, sin orientarlos hacia un fin preestablecido. La elección de los entrevistados muestra también esa postura ética: no sólo buscó este autor los testimonios de obreros o de mineros, sino también los de militares y hasta profesionales “blancos”, de clase media o

alta, como el médico que trabajaba en la mina de Oruro y de mujeres que humanitariamente suministraban agua y alimentos sin discriminar a soldados o insurrectos.

Son los testimonios, entonces, o mejor dicho, el registro escrito de los testimonios los que contienen los rasgos que permiten leerlos como género literario.

Lo que Murillo considera una limitación en el relato (“sólo resulta posible aproximarse a una conjetura razonable de esos datos a través de las imágenes subjetivas y referencias

metafóricas de los propios insurrectos y participantes de las jornadas de abril de 1952”, p. 154), es en realidad lo que le da a su crónica un valor estético y específicamente literario. Ese uso de comparaciones o metáforas que él mismo reconoce en el relato de sus entrevistados es un ejemplo del “asentamiento multidisciplinar” o “postdisciplinar” del que habla Ferrarotti o del deseo de su propia mentora, Silvia Rivera Cusicanqui: “que la sociología sea una rama de la literatura: que la gente aprenda a escribir con su propia voz, que escribir sea un placer, un ejercicio feliz”.⁸

II. *La literatura como fuente*

Más allá del estatus literario que ostentan los testimonios, Murillo se nutre de fuentes literarias, esas despreciadas “novelas de ficción” que menciona el historiador Luis Antezana Ergueta en la crítica del libro.

Si los textos literarios ficcionales son historia de primer orden, los testimonios orales son literatura de primer orden. Pero además, aunque parezca paradójico,

⁸ En [Silvia Rivera Cusicanqui dialoga con Oído Salvaje](http://vimeo.com/45483129?action=share). vimeo.com [http://vimeo.com/45483129?action=share]

Rivera escribe el prólogo al libro (“Micropolítica de la memoria”) y Murillo reconoce en una de sus últimas notas al pie la inspiración de ella en cuanto al método y las significaciones de la historia oral. “Rivera plantea una posición epistemológica definidamente política y ética, desde una crítica a distintas corrientes investigativas. Siguiendo estas ideas, siempre procuré convertir a mi investigación en un “espacio colectivo de desalienación”.

mientras lo más testimonial pareciera ser lo más literario, lo más ficcional pareciera ser lo más verdadero. Pues las novelas le proporcionan a Murillo, y por supuesto, también al lector, una visión más “vívida”, más verosímil y humana que esa suma de pesos y medidas transmitida desde los libros de historia. Murillo reconoce como fuentes a dos novelas cuya acción se despliega sobre el fondo de esta insurrección popular, *Los muertos están cada día más indóciles* de Fernando Medina Ferrada, ganadora del premio Casa de las Américas en 1972, y otra, más contemporánea y escrita por una mujer, *Los ingenuos* de Verónica Ormachea Gutiérrez (2007). También estas novelas muestran perspectivas diferentes sobre los hechos históricos y políticos del 52: Si Medina Ferrada pone el foco en las llamadas clases populares y en las articulaciones entre mineros y fabriles, Ormachea Gutiérrez reconstruye una visión de la oligarquía vencida, modalizada según la voz de una joven narradora movida por un conflicto moral clásico, la lucha entre el deber y el deseo.⁹

La novela de Medina Ferrada, sin duda más interesante desde la construcción literaria que la de Ormachea, le conviene a Murillo para explicar o más bien ejemplificar el liderazgo espontáneo que asumían los excombatientes de la Guerra del Chaco en el transcurso de la insurrección. En la novela de Medina Ferrada es el personaje de El Zapatero el que encarna este papel. Dice Murillo:

En la novela resulta claro –y es una motivación interna, en el orden de la estructura narrativa, como es un rasgo de verosimilitud, en el andarivel realista- que el hombre que dirige las acciones de las masas lo haga porque es el único que ha estado en el Chaco. Él tiene habilidades militares, pero sobre todo, presenta una valentía y serenidad que faltan a los obreros y al soldado desertor que lo acompañan (y a quienes su liderazgo, dentro de este mismo código de verosimilitud, se impone como natural). (138-9)

Así, esta “ficción histórica”, como la llama Murillo se erige en fuente fidedigna, pero además, como indica en la introducción a su libro, “la novela me hizo revivir los

⁹ Fernando Medina Ferrada, *Los muertos están cada día más indóciles*. La Habana, Casa de las Américas, 1972. Verónica Ormachea Gutiérrez, *Los ingenuos*. La Paz, Alfaguara, 2007.

hechos de 1952, descubrir aspectos de esos tres intensos días de combate, enfrentamiento y gesta heroica en la ciudad de La Paz de los que nunca me había enterado en los libros de Historia.” (22).

Y es cierto que la lectura de ambas novelas permite esa reconstrucción, como serviría también, desde otra perspectiva y desde otras propuestas estéticas, la lectura de *Los deshabitados* de Marcelo Quiroga Santa Cruz o *Cerco de penumbras* de Oscar Cerruto. Pero la visión más completa la obtenemos al complementar las lecturas de las narraciones con la de esta crónica que incluye las voces reales de esos “héroes del silencio”. Existe ahora también la posibilidad de ver esos rostros y escuchar las voces de un modo más “directo” en un documental que se hizo sobre la base del libro de Murillo. Se agrega así otra dimensión de la memoria, que es la de la imagen y que abre nuevos rumbos y dimensiones a todo este asentamiento multidisciplinar.

Será un camino a seguir en las próximas elaboraciones de este tema, con todo este material en donde recuperaré las dimensiones del espacio, el territorio y la memoria.